



El arte de reparar: las culturas que nunca tiraron nada y hoy salvan el planeta

Posted on Agosto 1, 2026

Imagina una tetera de porcelana rota, sus fragmentos unidos con oro líquido, las grietas convertidas en venas brillantes que la hacen más hermosa que antes de romperse. Eso es el *kintsugi* japonés, y es también una filosofía: lo reparado no es inferior, es más valioso. La **cultura de reparar objetos** no es una tendencia nueva ni un capricho ecológico de moda; lleva siglos arraigada en comunidades de todo el mundo que entendieron algo que nosotros olvidamos: que cada cosa tiene una segunda vida esperando dentro. Hoy, cuando los vertederos crecen más rápido que los bosques, esas tradiciones ancestrales están recuperando protagonismo y demostrando que el mejor residuo es, sencillamente, el que nunca se genera.

Cuando romper algo no significaba tirarlo

Hay una taza de cerámica en el **Museo Nacional de Tokio** que nadie querría cambiar por una nueva. Sus grietas están rellenas de oro, y lejos de ocultar el daño, lo celebran. Es *kintsugi*, el arte japonés de reparar con laca dorada, y su filosofía es tan simple como poderosa: lo que se rompe y se reconstruye gana historia, no la pierde.

Pero Japón no está solo en esta forma de ver el mundo. En muchas comunidades del África subsahariana, los utensilios de barro, las telas o los aperos de labranza pasan por manos de varias generaciones, remendados, reforzados, transformados. Tirar algo en buen uso sería casi una ofensa a quien lo fabricó. De manera parecida, en los Andes, la tradición del *uyay* —ese cuidado colectivo de los bienes comunes— ha mantenido herramientas y tejidos activos durante décadas, compartidos y reparados como parte de la vida cotidiana.

Lo que une a todas estas culturas no es la escasez, sino una manera distinta de entender el valor. Un objeto roto no es un fracaso: es una oportunidad. Y lo que hoy llamamos «**economía circular**» o «consumo responsable» no es ninguna novedad; es, simplemente, el sentido común que muchos pueblos practicaron durante siglos antes de que el plástico barato nos convenciera de lo contrario.

El arte de remendar: oficios casi extintos que están volviendo

Hubo un tiempo en que cada barrio tenía su zapatero remendón, su sastre de confianza y su electricista capaz de resucitar cualquier tostadora con dos cables y paciencia. Luego llegaron las grandes superficies, los precios irrisorios y la idea de que reparar costaba más que comprar nuevo. En pocas décadas, esos oficios casi desaparecieron del paisaje urbano.

Hoy, sin embargo, algo está cambiando. En muchas ciudades europeas —y también en España— los talleres de reparación están reabriendo sus persianas, a veces con una vuelta de tuerca moderna: espacios compartidos donde un técnico enseña a los clientes a arreglar ellos mismos sus propias cosas. Son los llamados *repair cafés*, nacidos en los Países Bajos y extendidos ya por centenares de localidades.

Pero no solo resurgen en formato colectivo. La zapatería artesanal vive un pequeño renacimiento entre quienes descubren que unas buenas botas reparadas duran décadas. Los talleres de costura y remiendo ven cómo jóvenes con ganas de aprender llenan sus cursos. Y los reparadores de electrodomésticos —una especie casi en extinción— empiezan a tener lista de espera.

Detrás de todo esto hay algo más que nostalgia: hay una economía que empieza a valorar el conocimiento sobre las cosas, no solo la velocidad para sustituirlas.

¿Por qué tirar se convirtió en la norma?

Hubo un momento preciso en que reparar algo dejó de tener sentido económico. Ocurrió a mediados del siglo XX, cuando la producción industrial abarató los objetos hasta el punto de que comprar uno nuevo resultaba más barato —y más rápido— que llevar el viejo al taller. Las empresas descubrieron además que diseñar productos con vida útil corta garantizaba clientes que volvían una y otra vez. Así nació la obsolescencia programada, y con ella, una cultura del usar y tirar que se instaló en el día a día como si siempre hubiera existido.

Las consecuencias son difíciles de imaginar a escala humana. Cada año se generan en el mundo cientos de millones de toneladas de residuos sólidos, y buena parte de ellos son objetos que podrían haberse reparado: electrodomésticos, ropa, muebles, calzado. Solo la industria de la moda desecha una cantidad de ropa equivalente a un camión de basura cada segundo.

Detrás de cada objeto descartado hay recursos que no se recuperan: agua, energía, materias primas. Tirar se normalizó tan rápido que olvidamos que, durante milenios, la humanidad había hecho exactamente lo contrario.

Repair cafés y la nueva generación que arregla en lugar de comprar

En un local de Ámsterdam, una chica de veinte años aprende a soldar junto a un jubilado que lleva décadas reparando radios. Nadie les ha pedido que estén allí: han venido solos, con una tostadora rota bajo el brazo y ganas de no tirarla. Eso es un *repair café*, y el fenómeno se ha extendido por miles de ciudades en todo el mundo.

Lo que empezó como una iniciativa modesta en los Países Bajos hace poco más de una década es hoy un movimiento global con presencia en Europa, América Latina, Asia y África. La fórmula es siempre parecida: espacio abierto, herramientas compartidas, voluntarios con conocimientos técnicos y una filosofía muy clara: antes de comprar, repara.

Lo llamativo es quiénes acuden. Cada vez más jóvenes, muchos de ellos sin ninguna tradición familiar de arreglar cosas, encuentran en estos espacios algo que va más allá del ahorro. Reparar se ha convertido en un acto político y ambiental: una forma de rebelarse contra la cultura del usar y tirar que ellos mismos han heredado.

En redes sociales, perfiles dedicados a restaurar muebles, electrónica o ropa acumulan millones de seguidores. El mensaje es antiguo, pero la audiencia es nueva. Y eso, quizás, lo cambia todo.

Para terminar

Hay algo profundamente humano en reparar. Cuando un alfarero japonés rellena una grieta con oro, no está ocultando un defecto: está contando una historia. Cuando una abuela remienda una chaqueta por décima vez, está desafiando, sin saberlo, a toda una industria construida sobre el olvido.

Quizás la gran pregunta no sea si podemos volver a reparar las cosas, sino si somos capaces de volver a valorarlas. Cada objeto que sobrevive a su primera rotura lleva consigo una decisión. Y en esa decisión —tan pequeña, tan cotidiana— se esconde algo que las culturas más sabias del mundo llevan practicando desde siempre: tratar los recursos como lo que realmente son, finitos y preciosos.

El Maipo/Ambientum